

Parémonos a pensar



Una tendencia muy arraigada en nuestra sociedad es la susceptibilidad enfermiza, que inventa agravios donde no los hay, magnifica la importancia de un ligero desdén, o generaliza y extiende a un colectivo el enfado causado por la actuación de una persona determinada. Recordemos la queja irracional –casi surrealista- de un personaje femenino de una película de Almodóvar que, al lamentar que su novio libanés la hubiera abandonado, apostillaba: “conmigo se ha portado muy mal el mundo árabe” (Manuel Ferrer Muñoz, *La magia de la palabra. El papel de la comunicación en el ámbito profesional*, Las Palmas de Gran Canaria, Beginbook, 2006, pp. 87-88).

Por la misma regla de tres, aunque desde una escala inversa de valores, podría pensarse que, puesto que el libio Muamar Gadafi es un demócrata ejemplar, todos los ciudadanos libios se hallan capacitados para impartir lecciones de democracia; o que los holandeses todos poseen la misma finura y gentileza extremas de que ha hecho gala Ronald Koeman al dar con la puerta en las narices a unos señores que se ganaban honradamente la vida dando patadas a un balón en un campo de Valencia, con el sólido argumento de que había que hacer una revolución en el equipo; o que el abnegado defensor de la infancia, Carlos Morín, encarna el profundo amor a la vida y el celo por los nonatos de todo el colectivo nacional peruano.

Y no es cierto: algún libio despistado habrá que sienta bullir en su sangre cierta inclinación al ejercicio dictatorial del poder, como tal vez haya holandeses rudos, incapaces de emular las lindezas de su compatriota el exfutbolista reconvertido en entrenador (¿por cuánto tiempo?), e incluso podría ocurrir que algún desaprensivo peruano discípulo de Herodes se regodee privando de la vida a inocentes fetos de pocas semanas.

Las personas construyen paso a paso su trayectoria vital, que es irrepetible y única, cualquiera que sea el color de su piel o el lugar donde hayan nacido. El que etiqueta a otro por español, rumano, estadounidense, colombiano o chino desconoce la tierra que pisa y el mundo en que vive: ni todos somos García, ni Ceausescu, ni Bush, ni Escobar, ni Zhiya.

Quizá nos devuelvan la sensatez las nostálgicas notas de una inocente y vieja canción: “[¿De qué color es la piel de Dios?](#)”
(<http://www.youtube.com/watch?v=IQHmqyLxDOo>)

(*Viva la gente* me perdonará si omito la preceptiva nota de pie de página)